

Uyenda de las tres ~~hermanas~~ hermanas Gorores

Siglo V = Las bordas de Surico trataban de concluir con los romanos dueños aun de los montes, sus últimas trincheras. Casi todos los montañeses apoyaban a los romanos, católicos como ellos, en la desesperada lucha contra los invasores ~~arrrianos~~ arrianos, lo que hacía mucho más sangrienta la guerra. Cuantos montañeses caían prisioneros de los visigodos, veíanse obligados a optar entre el arrianismo o la muerte.

En un pequeño pueblo del Pirineo vivían a la sazón tres hermosas jóvenes, en la flor de su edad, y galanteadas por otros tantos gallardos mozos de la comarca. Las tres eran hermanas y huérfanas de madre, y las tres habían decidido casarse en un mismo día.

Vino en efecto el momento de la boda; pero desgraciadamente en día muy aciago. Uno de los oficiales de Surico se presentó en aquellas montañas, talándolas y saqueándolas todo.

Las tres novias y el padre de las tres hermanas, que habían empunado las armas, fueron hechos prisioneros de los septentrionales.

Ellas pudieron milagrosamente librarse, permaneciendo escondidas durante la refugia y hasta tres días después, en el fondo de impenetrables bosques. Sin ningún auxilio humano, sin más alimento que algunos frutos silvestres, de allí salieron extenuadas por el hambre y ateridas de frío.

¡Que espectáculo el del pueblo! El robo, el saqueo, había desmantelado las pobres casas, y casi todos los habitantes útiles para alguna faena, habían desaparecido. No quedaban allí más que algunos moribundos, algún niño y tristes ancianas devoradas por el hambre y las angustias más acerbadas.

¿Dónde sería de las tres hermanas? Arregadas en llanto, quedaron clavadas en el umbral de su solitario hogar, y allí hubieran caído para no levantarse, víctimas de su inacción espontánea, cuando quedaron repentinamente sobrecojidas de extrañeza, oyendo unos lastimosos quejidos que salían de su propia casa.

Acercaronse al sitio de donde habían partido aquellos acongojados lamentos, y se hallaron con sorpresa ante un soldado herido. Su torso y pesado traje de guerra y sus terribles armas eran las de un godo; pero sus ojos llenos de abatimiento, su rostro contraído por los dolores y su postura suplicante movían a compasión.

- ¿Quién eres? le preguntó la mayor.

- Mis compañeros, dijo el enfermo, se han olvidado de mí y me han abandonado, creyéndome sin duda muerto..... Socorredme, piadosas jóvenes, y tendréis la gratitud de un moribundo que os ofrece lo único que tiene, el poco aliento, la corta vida que le queda.

Las tres hermanas se callaron pensativas.

- Dime, preguntó la mayor, ¿qué han hecho los tuyos de las mujeres de este pueblo?

- Los hombres del pueblo han resistido, y es ley de guerra que sean cautivos. ¿Tenéis entre ellos algún hermano, un padre, un esposo?

- Si.

- Pues yo los libraré, si me salvais.

- ¿Qué hemos de hacer?

- El campamento de los míos no puede estar lejos. No puedo todavía andar. Volvedme.

- ¿Y salvarás a nuestros esposos y a nuestro padre?

- Así lo juro.

La hermana mayor consultó con la vista a las dos otras, y tomó una

resolución heroica.

- Te llevaremos a donde están los tuyos, dijo; y cumplirás tu palabra.

Dispusieron con ramas una improvisada camilla, y las tres jóvenes, sacando fuerzas de su misma flaqueza, salieron del lugar cargadas con su herido. Y así anduvieron sin descanso, temiendo más encontrarse con cualquier partida de romanos o de españoles independientes, que con sus enemigos, los implacables saqueadores de su pueblo.

Llegaron al campamento más muertas que vivas. El herido se iba reponiendo por instantes, y a grandes trechos había ya podido andar, solo apoyado en las jóvenes. Ellas temblaban de miedo al verse entre los godos.

Sin embargo, en vez de malos tratamientos, fueron objeto de los más solícitos cuidados, observando que el guerrero que habían salvado tenía bastante influencia entre los suyos. Pronto se hallaron repuestas de sus pasados trabajos.

- ¿Dónde están nuestros esposos? preguntó ansiosa la mayor de las hermanas.

- Me informaré, contestó pensativo.

Y salió de la tienda, dejando solas a las hermosas jóvenes.

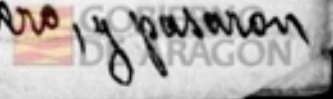
Volvió a los tres días más cabizbajo y pensativo que nunca.

- ¿Dónde están nuestros esposos? volvieron a preguntar ellas.

- Nuestros esposos se han olvidado de vosotras..., dijo él, con dolencia. Son arianos. Cada uno de ellos ha tomado a otra de nuestras mujeres..., y viven ya nuestras armas y viven como nosotros, batallándose en este momento fuera del campo con una misión para el rey burió.

Grandes lágrimas saltaron de los ojos de las tres hermanas, y se entregaron al más amargo desconsuelo. El guerrero respetó su dolor y volvió a dejarlas solas.

Pasaron días; siguió la cariñosa solitud del mismo guerrero, y pasaron



También las primeras impresiones de los jóvenes.

Se llegó el momento en que él pidió resuelta y cariñosamente a la mayor la mano de esposa, y presentó otros dos apuestos guerreros a sus hermanas, induciéndolas a todas con mentidas, pero vivas y tiernas razones, a abrazar antes el arianismo. Lo que no hubieran ellas aceptado al principio, lo hicieron al fin. Los ruegos y las atenciones de todo género obtuvieron lo que no habría conseguido la violencia.

Las tres hermanas trataron de olvidar a sus antiguos novios, y tal vez por despecho fueron arianas y admitieron el lecho de tres godos.

La noche de su boda, cuando los soldados que las posaban acababan de cerrar sus párpados, rendidos de sueño, aparecióse a las tres hermanas, como espectro evocado del otro mundo, la airada figura de su padre.

- ¡ Infames y perjuras! les dijo con voz terrible el fantasma. Habéis renegado de la santa religión de vuestra madre, y, libidinosas, os entregáis a nuestros feroces enemigos..... Sea. Yo y vuestros heróicos desposados, que pudimos escapar de sus garras, vengando vuestra memoria, seguiremos haciendo guerra sin tregua ni cuartel a vuestros nuevos señores. En cuanto a vosotros, el cielo se encargará de vuestro castigo, y yo, entre tanto....., os desprecio con toda mi alma y os maldigo!.....

Y el padre de aquellas jóvenes desapareció, dejándolas aterradas.

A las caricias de los godos, contestaron desde entonces ellas con continuas torrentes de lágrimas, sin tener un instante de consuelo. Conviéronse ellas de aquel cambio y de tan imprevisible e inaguantable tristora y hasta llegaron, andando los días, a maltratarlas, movidos por su despecho y su amor burlado.

Ellas, sin comunicárselo, tenían formado el proyecto de fugarse, abandonando a los arianos, y así lo practicaron.

Soro tiempo después, las tres jóvenes construían tres barracas a espaldas del Monte-Perdido, y allí solitarias, vestidas con los toscos sayales de la penitencia, buscando mortificaciones y disciplina y consagradas al verso de continuo, solo vivían de los miseros y asperos vegetales que la naturaleza allí depositaba.

El cielo, sin embargo, no las creyó aun bastante castigadas.

Su padre y sus amantes desposados, los católicos, cayeron por segunda vez y a una misma hora en poder de los septentrionales, y como reincidentes en rebelión, fueron sentenciados a sufrir en el acto el último suplicio. Esa noche en que de un árbol fueron los cuatro ahorcados, levantose un furioso vendaval en el Monte-Perdido; una terrible avalancha sepultó debajo de un monte de nieve las chozas de las tres solitarias, y un terremoto removió las entrañas de la tierra.

Al rayar el alba, veíanse los tres picos de las tres sorores, con su negra vestidura velada de blancos, como convenia a la entubada tumba de las tres desgraciadas, maldecidas por su padre.

En el primer aragonés un terremoto espantoso dió origen a las tres moles de que nos ocupamos, eterna sombra de tres hermanas castigadas por una gran apostasia. Cortillo-mayor es una fracción de montaña disgregada del pie de las tres sorores en el acto de la trépidaación subterránea.

La montaña "el Fraile", "Suaviles", "Gorrama-Pau" y otras también son productos, en su colocación y forma, de aquella evolución geológica.

